

PAOLA BOUTELLIER

A OJOS DE NADIE



Sobre la ciudad inglesa de Torquay se cierne una amenaza que pondrá en jaque a todos sus habitantes. La única hija de una familia poderosa desaparece sin que nadie dé la voz de alarma. Una macabra advertencia aparece en un orfanato dirigido por monjas de clausura. Pero las coincidencias no existen, o eso cree Mera, una joven periodista, que tendrá que cubrir cada uno de estos nuevos sucesos que se dan en la ciudad, recelando de todo lo que ocurre a su alrededor. Por otro lado, el famoso inspector Harry Moore tendrá que luchar contra sus demonios interiores para poder dejar atrás el nombre de su familia, además de enfrentarse a su propio jefe en contra del abuso de poder que tienen algunos predilectos en Torquay. Una historia llena de misterios, mentiras y asuntos sin resolver que, al revelarse, harán cambiar la vida de sus protagonistas para siempre.

*A ti mamá, por enseñarme a ser una
luchadora a pesar de los obstáculos.*

*«Aprendí que no se puede dar marcha atrás,
que la esencia de la vida es ir hacia adelante.
La vida, en realidad, es una calle de sentido
único».*

Agatha Christie

Prólogo

No abro los ojos aún porque tengo miedo de ver qué ha sucedido, aunque no sé si es peor el hecho de imaginármelo con los ojos cerrados. Mi cuerpo está en tensión, esperando, por si tengo que echar a correr de nuevo. Siento que eso es lo único que he estado haciendo durante mucho tiempo. Me duele. Y, aun así, sigo precavida, paciente.

No sé qué me ha pasado. Vienen a mi cabeza imágenes que no consigo identificar. Solo noto mi cara a salvo, sana, sin dolor. Mi cabeza, sin embargo, parece que va a explotar en cualquier momento, y creo que nunca sufrí una jaqueca tan intensa.

Al final, termino por impacientarme y mi curiosidad gana al dolor, así que empiezo a entreabrir un poco los párpados, armándome de valor para ello, porque realmente siento terror de lo que pueda estar pasando. Aunque precisamente nunca he sido una cobarde y hoy no va a ser el primer día. Me decido después de lo que me parece una eternidad y abro los ojos.

Al principio me ciega una luz blanca. ¿He muerto? No. Si me hubiera muerto, dudo que aún sintiera un dolor tan agudo. Tiene que ser mucho más liberador, estoy segura, si no sería una auténtica putada. Frente a mí, lo primero que puedo observar es un televisor de pantalla plana y unas paredes de color celeste. No huelo nada perceptible, y una puerta a mi derecha me hace ver un pequeño mostrador al fondo, fuera de la habitación en la que estoy. Y lo comprendo.

«Mierda».

Estoy en un hospital y no tengo ni idea de cómo he llegado, así que tiene que ser grave. Intento hacer memoria durante unos minutos y decido mirar a mi alrededor muy lentamente. La habitación está en completo silencio, ni siquiera en el pasillo se escucha nada. ¿Estaré sorda? Madre mía, me he quedado sorda. Empiezo a moverme, armándome con todas mis fuerzas, para comprobar si estoy sola.

Justo en ese momento, noto como alguien se mueve a mi derecha. Luca está ahí, sonriéndome con cara cansada y unas líneas de expresión muy marcadas que, hasta este día, no le había visto jamás.

—Hola dormilona. Vaya susto —me dice con un tono de voz muy bajo. Ha tenido que ser un susto tremendo, porque aprecio la preocupación en su rostro. Tiene el cabello alborotado y los rizos despeinados.

Acto seguido, observo sus ojos: tiene unas ojeras inmensas y muy pronunciadas. No sé cuánto llevará sin dormir, pero mínimo calculo que un par de días. Ha tenido que ser grave. Quiero quitarme esa idea de la cabeza de inmediato y por un momento no pensar en el dolor, así que le sonrío.

—Ya sabes, bicho malo nunca muere. —No sé cómo sale la voz de mi garganta. Me escucho extraña, desubicada, pero supongo que es algo normal. Al fin y al cabo, he despertado en un hospital.

—Es una suerte entonces. —Su voz suena otra vez en un tono muy bajo y me cuesta comprenderle.

—¿Por qué susurras?

—Yo... no estoy susurrando. —Vuelvo a notar esa preocupación en su rostro, incluso el pánico. Aunque intenta discretamente y de la peor de las maneras que yo no lo perciba, lo veo ahí. En cada movimiento, cada expresión.

Compruebo lo que hay a mi alrededor, y comienzo a observar mi cuerpo para intentar averiguar qué me ha podido pasar. Me miro las manos y advierto que parte de ellas

están llenas de llagas y heridas, aunque están cubiertas con una tela blanca muy fina que deja entrever unos pequeños puntos de sangre seca.

Ahora soy yo la que entra en pánico. Me falta el aire en los pulmones. Por más que intento respirar tranquilamente mi cuerpo no me hace caso, e instintivamente mi pecho empieza a moverse muy rápido. Sollozo sin control. Empiezo a entender por qué mi cuerpo está en tensión, por qué me arde cada poro de mi piel. Mis piernas están quemadas también.

Siento un escalofrío. Y es entonces cuando empiezan a llegarme pequeñas fracciones de imágenes a la cabeza, recordándome lo que he vivido, cómo he llegado hasta aquí. No sé si me está dando un ataque de ansiedad, jamás he sentido algo semejante. Me asfixio y me pongo a llorar desesperada, histérica. Quiero irme de aquí, no puedo quedarme. Necesito escapar, necesito seguir corriendo.

—¿Te duele? ¿Llamo a alguien? Tranquila, ya estás bien, tienes calmantes puestos. ¡Por favor! —suplica—. ¡Qué venga alguien, por favor! ¡Enfermera! —Sé que ha gritado, pero yo no lo escucho así—. Todo ha sido culpa mía. Perdóname, Mera. —Se disculpa desesperado.

Pocas veces había escuchado gritar a Luca, pero ese momento era diferente: era un grito de angustia. Lo veía en su rostro, en su boca y en la vena cada vez más voluminosa que marcaba su cuello, aunque mi oído no lo percibiese de ese modo. Así que empecé a gritar para escucharme mejor a mí misma.

1

Mera*Septiembre 2019*

Despertó gritando, entre sudores, creyendo que la pesadilla que acababa de vivir en su subconsciente era real, que aún la perseguía. Realmente no andaba muy equivocada, en parte la llevaba persiguiendo desde hacía muchos años y tenía que convivir con ella más de lo que le gustaba admitir. Aunque esta vez, Mera estaba corriendo. Corría sin parar al sentir que algo, o alguien, la seguía sin descanso. Normalmente, sus pesadillas se trataban de lo contrario, quedaba totalmente paralizada en el sitio viendo las lápidas de las personas que quería. Los árboles hablaban mientras el viento les atizaba, no pronunciaban palabra, pero le vaticinaban tormenta y soledad.

Aun así, no corría. Nunca corría. Hasta esa noche.

«Si no sufriéramos pérdidas, nunca seríamos lo suficientemente fuertes para enfrentarnos a lo que nos resta de vida. Si todo el dolor que hemos sufrido no lo transformáramos en vitalidad y energía para sobrevivir cada día, estaríamos totalmente perdidos». Eso es lo que se decía todas las mañanas al despertarse y ver la fotografía de sus padres encima de la mesita de noche. Ya habían pasado casi veinte años, y aún no se acostumbraba a su ausencia. Imaginaba con todas sus fuerzas que volverían por arte de magia una noche, como hacían siempre. Le preguntarían cómo había

ido su día después de su larga jornada de trabajo, uno lo haría en castellano y el otro en inglés.

Su padre era español, un hombre moreno, alto y bronceado de ojos avellana que conquistó a su madre cuando esta se encontraba de viaje de estudios durante su segundo año de Filología. Su madre, Eleanor, era una mujer de armas tomar: jamás se dejó encandilar por un «españolito» (como ella misma decía), aunque todos sabían que desde que le vio ya estaba enamorada de él. Siempre que Mera pensaba en su historia, le resultaba tan cliché de comedia romántica que dudaba que fuera real, y pensaba con asiduidad que la habían edulcorado para contársela a sus hijas como un cuento de hadas. Era irónico, porque a ella nunca le gustaron los cuentos de hadas y aun así siempre le contaban aquella historia.

Suspiró. Volvía a estar en la realidad de su dormitorio. El sudor había hecho que se le pegaran las sábanas al cuerpo y odiaba esa sensación. Salió con pesadumbre de la cama y fue a echar las sábanas a lavar con cuidado de no despertar a nadie, pero el parquet crujía bajo sus pies fríos. Aunque suponía que el abuelo estaría rondando por la casa y no sería mucha molestia para él. Se metió corriendo en la ducha porque necesitaba que el agua bien fría le devolviera a la realidad. Observó su piel mientras frotaba con la esponja sus brazos, que todavía seguían algo bronceados gracias a las playas españolas. Sonrió. Le encantaba verse la piel en aquel tono tan poco común en ese pueblo. Cuando terminó, recordó que aún había algo que le faltaba hacer y cogió el cuaderno de topos blancos y fondo celeste que tenía al lado de su mesita de noche. Empezó a escribir la pesadilla que había vuelto a su cabeza como tantas otras noches. Sentía que al escribirla parecía menos terrorífica de lo que realmente era. Si algún día necesitaba volver a recordar, lo tendría escrito para no olvidar ningún detalle.

«Siempre hace falta recordar», se decía para sus adentros.

Aquel era el primer día que volvía al trabajo después de unas vacaciones veraniegas en Málaga, la ciudad de su padre. La ciudad que le daba un poco más de vida y le hacía sentirse más cerca de él. Era un lugar muy parecido a Torquay, una ciudad pesquera muy turística al sur del país, aunque a Mera le gustaba mucho más porque tenía mejor clima y sus calles estaban repletas de gente mucho más alegre. Pasaba cada verano desde que había cumplido la mayoría de edad allí, y aprovechaba para seguir en contacto con su familia paterna y conocer cada año nuevos lugares en aquella costa del mediterráneo. El sol abrasador de agosto, la feria de la ciudad que se celebraba ese mismo mes e incluso sus lluvias torrenciales que caían algún que otro verano y regulaban el ambiente caldeado ya habían pasado a ser algo familiar y a formar parte de ella.

Mera echó un vistazo a su habitación. Era considerablemente más grande que la que tenía en casa de sus padres, una casa que, cuando ella y su hermana llegaron a la mayoría de edad, decidieron vender sin pensárselo dos veces para vivir con sus abuelos y así tener unos ahorros para cada una. Además, realmente no necesitaban esa casa; tanto Mera como su hermana Emma tenían claro que no querían separarse de sus abuelos.

Desde muy pequeña, hizo esa habitación suya: tenía un sofá *vintage* que era el favorito de su abuela, que le había cedido de buen agrado; también una pequeña mesa que le hacía tener toda la vida en ella con una pila de libros perfectamente ordenados sobre su superficie, algunos con artículos de periódicos metidos dentro, haciendo de marca-páginas, recordando sucesos, y otros llenos de reportajes asombrosos de otras personas que admiraba profesionalmente.

Miró su móvil mientras se cambiaba de ropa y abrió el icono cuadrado rojo con dos letras blancas en su fondo, «BE». *Barton Express*, el periódico donde trabajaba.

De titular con letras grandes se podía leer «La amenaza con la que Torquay se despierta».

—¿Cómo? —exclamó en voz alta.

Echó una ojeada rápida al artículo y lo releyó varias veces para asegurarse bien de lo que había leído la primera vez. Estaba firmado por Luca Moore, su sustituto. Suspiró y puso los ojos en blanco. Había leído varios artículos de él (más bien solo los que había escrito mientras ella estaba de vacaciones). Era condenadamente bueno. Tenía frescura, era elocuente y no divagaba haciendo conjeturas conspiranoicas. Sin embargo, esta era una noticia rápida, informativa y sin detalles. Seguramente sería el comunicado exprés de prensa que habían pasado esa mañana con rapidez, algo de lo que había que informarse aún para poder comunicarlo con una historia, cuando todavía no se tiene nada a determinar, pero quieres tener la exclusiva de lo ocurrido, o al menos no quedarte atrás respecto a los demás medios de comunicación de la zona.

Terminó de vestirse y salió volando de su habitación. Echó un rápido vistazo por la ventana y advirtió nubes negras a lo lejos, así que cogió su paraguas a rayas mientras se despedía con la mano de su familia, sin dar tiempo a que sus abuelos y su hermana, a quien pilló con un *croissant* en la boca, respondieran. Al salir dio un portazo inevitable a consecuencia del viento que azotaba fuera.

Se metió en su coche, un mini rojo de hacía unos ocho años de segunda mano y que había comprado con sus ahorros. Nada más sentarse y poner las llaves en el contacto empezó a notar su móvil vibrar, y al momento empezó a sonar estridentemente. Mera conectó el manos libres, era John:

—¿Qué ocurre, jefe? —preguntó en tono serio, intentando que no se notara su voz de recién levantada.

Normalmente no solía llamarla durante sus vacaciones porque sentía que no había nada que decirle tan urgente que no pudiera esperar a que estuviera en la oficina. Las

vacaciones eran sagradas para él. A Mera siempre le había extrañado su actitud. Por lo general, los directores estaban obsesionados con el trabajo bien hecho y con tener las noticias lo más actuales y contrastadas posible. También solían tener un comportamiento más estricto referente a los días libres o vacaciones. Sin embargo, John parecía una excepción a la regla en este formato disciplinario.

—Mera, tienes que venir ya a la redacción, dime que estás de camino —le dijo con un tono de voz apremiante y preocupado.

Comprendió al escucharlo que algo había sucedido. Sopesó unas cuantas ideas en su mente en una fracción de segundo, intentando imaginar qué pasaba, pero no pudo hacerse ninguna idea satisfactoria.

—Claro, John. Ya estoy casi allí, ¿qué pasa? —dijo mintiendo descaradamente.

—Tenía que asegurarme de que venías ya de camino. Es urgente, no puede esperar. ¿Has visto el artículo que acabamos de publicar? En cuanto vengas, pasa por mi despacho, por favor. —Colgó repentinamente y sin posibilidad de réplica.

«Es jodidamente importante», fue lo primero que pensó, e inmediatamente pisó el acelerador.



No solía ir por atajos, le gustaba más ir tranquila hacia la redacción y disfrutar de la ciudad, sobre todo cuando acababa de volver y aún no había tenido la oportunidad de readaptarse a la rutina. Pero parecía que hoy no iba a ser uno de esos días.

Sonrió para sus adentros. Se imaginó a John agobiado y hecho una furia en la oficina, haciéndole la mañana imposible a más de uno. Puesto que nunca se enfadaba por nada y siempre solía estar de guasa, aquella imagen le resultó bastante graciosa.

A veces le gustaba verle así. Sentía que en pocas ocasiones se tomaba su trabajo en serio, y cuando se comportaba de esa manera era porque le importaba de verdad y le gustaba lo que hacía. Eran pocas veces cuando lo demostraba, y eso era algo que a Mera le fastidiaba y fascinaba a la vez. De hecho, Mera siempre había pensado que, gracias a esa actitud de John, ella había alcanzado su puesto.

Echó un ojo al cielo a través del parabrisas. Septiembre les estaba amenazando con un tiempo frío y lluvioso, con un cielo encapotado y una sensación de bajas temperaturas, algo impropias para la época, ya que, normalmente, por estas fechas solían gozar de unos grados más altos y envidiables para algunos puntos de Gran Bretaña. Este tiempo hacía que los jubilados del barrio no pudieran salir tanto como deseaban, lo que hacía que Mera extrañara verlos en sus caminatas diarias en compañía de un amigo, familiar o de sus mascotas.

Llegó relativamente pronto a la redacción de *Barton Express*. En cuanto llegó al aparcamiento, pudo atisbar un Tesla de color negro aparcado en su propio aparcamiento, el que estaba reservado para ella. Le sorprendió. Aparcó justo enfrente de este, maldiciendo para sus adentros. Nadie en el periódico, a excepción de John, tenía el poder adquisitivo para poder alardear de semejante coche. Con llantas de Sonic Carbon Twin Turbine, nada más y nada menos. Seguramente, sería de esa clase de personas que quieren ayudar al medio ambiente con un coche eléctrico, pero siempre que sea con el mayor lujo posible, sin reparar en ningún gasto. El coche parecía estar equipado hasta el más mínimo detalle. Ella ya sabía quién era el dueño de ese coche, no le cabía la menor duda. Nadie le quitaría su plaza, a no ser que estuviera reemplazándola.

Enseguida traspasó el umbral de las puertas de cristal de la redacción de mala gana y se encaminó escaleras arriba con toda la energía que podía reunir a esas horas de la mañana hacia su destino.

Un chico con el pelo moreno y despeinado de unos veinte años la esperaba sentado en una silla de mala muerte en la sala de espera, donde se solían quedar las personas que iban a ser entrevistadas o venían para alguna reunión, ya fuera con John, con ella o con otro miembro del equipo.

—Bienvenida, jefa —saludó sonriente, pero con unas ojeras inmensas que vislumbraban el cansancio que llevaba acumulado. «¿Cuánto tiempo llevará sin dormir?», pensó Mera.

—John me dijo que te esperara en la entrada para acompañarte hacia el despacho sin que te desviaras —comentó al no recibir respuesta de ella.

—Pero ¿qué le pasa a ese hombre? —le dijo llevándose una mano a la frente, algo indignada por el grado de control de su jefe.

—Está un poco agobiado. Sin ti pierde la cordura, ya sabes —le explicó con una media sonrisa.

—Eso me lo imagino; al fin y al cabo, no hay nadie que le plante cara de vez en cuando. Por cierto, ¿estás bien? Te noto muy cansado, Daniel —le dijo con verdadera preocupación.

Daniel no le servía de mucho si estaba exhausto, era su becario al cargo y lo necesitaba al cien por cien, sobre todo porque era un chico realmente hábil y atento, al que no se le escapaba ningún detalle, y había pocos becarios tan eficaces. A ella no le gustaba que tuviera exceso de trabajo y que se aprovecharan de él.

Había conectado con el chico desde que llegó y se puso a su cargo. En uno de los descansos de la mañana, el chico le había contado que su madre había muerto de cáncer hacía unos años y vivía solo con su padre en una granja que tenía este a las afueras, pero nunca le había gustado del todo encargarse de la ganadería. Por eso, pronto se fue a estudiar a la Universidad de Bristol para labrarse un buen futuro como periodista, o al menos, intentarlo. Sabía lo que

era perder a una madre, así que empatizó con él al instante.

Cuando iban caminando por el pasillo de la redacción, Mera se fijó en que solo había unas ocho o nueve personas trabajando en la sala, el resto llegarían a la hora que les tocara según su jornada. Mientras tanto, ella iba saludando a sus compañeros y compañeras cuando pasaba por su lado, aunque más de uno apenas hizo un pequeño murmullo en forma de saludo. Estaban medio dormidos. Mientras seguía por el pasillo, le llegaba el olor familiar de los inciensos de su compañera Lia; hoy parecía que tocaba lavanda.

—La verdad es que me falta un poco de sueño —admitió Daniel—. John nos llamó a unos cuantos para estar aquí a las cinco de la mañana y dar el primer boletín informativo. No quiso llamarte tan pronto porque suponía que estarías cansada del vuelo, aunque hoy le importaba más bien poco. Ten por seguro que casi lo hace si no llega a ser por tu sustituto, que le hizo entrar en razón.

—¿Moore?

El chico asintió con la cabeza.

—Ahora le conocerás, está en el despacho del señor Barton. Ciertamente es bastante simpático, no me lo imaginaba así viniendo del *Daily Mirror*. Ya sabes, suelen alardear cuando vienen de lo mejorcito del país —dijo encogiéndose de hombros. Ella sonrió internamente al ver que pensaba igual.

Finalmente llegaron al despacho de John. Su placa, en la puerta, totalmente brillante y casi nueva, citaba: *John Barton Craig - Dirección General*.

—Gracias por acompañarme, Daniel, casi me pierdo —le dijo irónicamente, y le hizo un movimiento con la cabeza indicándole que podía seguir con sus tareas.

—Solo sigo las órdenes del jefazo.

Ella resopló y negó con la cabeza.

Dio dos toques con la mano en la fría puerta y escuchó un «Pasa» con voz muy grave proveniente del interior, aun-